

 **REY  
D** **ESNUDO**   
REVISTA DE LIBROS

## Comentario bibliográfico

**Leilah Danielson, Marian Mollin y Doug Rossinow, eds., *The Religious Left in Modern America. Doorkeepers of a Radical Faith* (Cham: Palgrave Macmillan, 2018).**

**Andrés Prozapas**

*Universidad Nacional de La Plata*

*andresprozapas@gmail.com*

*Fecha de recepción: 02/06/2020*

*Fecha de aprobación: 09/06/2020*

**L**os movimientos sociales han sido examinados tradicionalmente dentro del marco del Estado-nación. Durante las últimas dos décadas, los historiadores han comenzado a cuestionar la validez de este enfoque metodológico y a explorar el desarrollo de los movimientos sociales dentro de una perspectiva comparativa y transnacional. El objetivo de este libro es estudiar la influencia de la izquierda religiosa en los Estados Unidos sobre diversos movimientos sociales a lo largo de los siglos XIX y XX. Ejemplos conocidos de esta influencia para el siglo XIX son el movimiento abolicionista y el movimiento contra el consumo de alcohol. Menos conocidas resultan las relaciones entre la izquierda religiosa norteamericana y los movimientos sociales durante el siglo XX. Uno de los motivos de ello radica en el impacto que una historiografía crecientemente secular ejerció a lo largo del siglo pasado, empujando a la religión hacia un lugar marginal.

Sin embargo, la historia de la religión experimentó un importante resurgimiento a partir de la década de 1990, lo que tuvo entre sus efectos cuestionar la vieja tesis de la secularización. Si bien durante los últimos veinte años han predominado los estudios que relacionan a la religión con la derecha política, este volumen busca dar cuenta de la confluencia entre la izquierda y las creencias judeo-cristianas en una serie de puntos tales como la búsqueda de un mundo mejor a través de la justicia económica, los derechos laborales, la igualdad racial y de género. Otros puntos de confluencia estarán dados por el antimilitarismo, el antiimperialismo y por un compromiso con los derechos humanos.

Formas de equiparar el pecado con males sociales permanecieron como un aspecto destacado de diversas iglesias protestantes durante el período comprendido entre las dos guerras mundiales. También en parte del catolicismo y el judaísmo existieron programas de izquierda durante la primera mitad del siglo XX. Durante la guerra fría, el cristianismo abarcó al pacifismo, al Movimiento por los Derechos Civiles, al antirracismo y al anticapitalismo. También resultaron de importancia las ideas cristianas para partes del Movimiento por el Poder Negro y para secciones del movimiento feminista.

La introducción, a cargo de Leilah Danielson, Marian Mollin y Doug Rossinow, busca dar cuenta de la evolución de la izquierda religiosa desde finales del siglo XIX considerando su diversidad y los puntos de tensión con la izquierda secular. Los autores enfatizan los valores de igualdad, liberación y unidad como básicos para la comprensión de estos movimientos. Danielson, Mollin y Rossinow dividen la historia de la izquierda norteamericana moderna en tres períodos o fases de desarrollo político: surgimiento, crisis y resurgimiento. La primera fase abarca desde 1880 hasta la década de 1930 y se caracteriza por la construcción por parte de reformadores de un concepto de cristiandad social como la base de una amplia gama de acción política. El Evangelio Social de esta era sostenía que el pecado era tanto social como individual, y que la salvación dependía de la construcción de una sociedad más justa y unida. Pensadores radicales como Sherwood Eddy, A. J. Muste y Howard Thurman adoptaron una visión de reconstrucción social cristiana y redención. Estos pensadores, sin embargo, permanecieron anclados en la teología y, en ocasiones, en las instituciones de las principales Iglesias liberales protestantes. Los católicos también comenzaron a adoptar un evangelio social, nutriéndose de enseñanzas católicas que

condenaban los abusos del capitalismo y realizando un llamado a la Iglesia para que apoyase a las organizaciones obreras. La figura central en la esta nueva izquierda católica fue Dorothy Day, una fuerte opositora a la guerra.

La segunda fase en la historia de la izquierda religiosa duró desde finales de la década de 1930 hasta aproximadamente 1960. Esta fue una era de crisis, represión y replanteamientos ideológicos para los radicales que se vieron fuertemente atraídos por el pacifismo y el socialismo. La guerra en contra del fascismo y luego la Guerra Fría sacudieron al mundo del radicalismo religioso, disminuyendo y arrojando a una posición marginal a sus adherentes. Hacia mediados de la década de 1950, Martin Luther King Jr. comenzó a sintetizar teologías liberales y post-liberales a medida que ayudó a liderar el movimiento negro en los Estados Unidos contra el *apartheid*.

La tercera fase se caracterizó por un resurgimiento de la izquierda religiosa en los Estados Unidos entre 1960 y 1990, una era de teología de la liberación y nuevos movimientos sociales. El movimiento afroamericano por la libertad se halló en una posición destacada en este proceso, al que se le unió durante la década de 1960 una nueva movilización contra la guerra y el imperio motivada por el conflicto de Vietnam. La izquierda religiosa adoptó dos formas diferentes de liberación durante este período. La teología de la liberación católica, influida por el marxismo, demandaba una nueva sociedad orientada alrededor de las necesidades de los pobres. También estuvo presente una liberación en torno de viejas actitudes respecto de identidades fijas y jerárquicas. A medida que la diversidad religiosa de los Estados Unidos creció, también lo hicieron las religiones no cristianas y sus vínculos con la izquierda, aunque en números pequeños.

La literatura acerca del activismo de izquierda y el radicalismo religioso desde finales del siglo XIX en adelante, especialmente aquellos trabajos que hacen énfasis en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, son principalmente seculares o ateos<sup>1</sup> en su enfoque. Donde la religión aparece en narrativas históricas de políticas progresivas, permanece marginalizada y fragmentada. Un ejemplo de ello lo constituyen los historiadores de los movimientos en contra de la guerra, quienes subrayan la influencia de la fe sobre pacifistas radicales y antimilitaristas, pero

---

1 El uso que los autores hacen del término ateo no se refiere a una creencia en la no existencia de Dios. Se refieren con esta palabra a las personas y a las políticas cuyas actividades y creencias consideran a Dios, al tema de la fe y de la trascendencia como irrelevantes, al menos en lo referido a la política.

usualmente restringen sus aseveraciones a la historia de grupos o campañas marcadamente religiosos. De este modo, aún aquellos académicos que entienden la importancia que tiene la religión para el radicalismo político y la presencia de izquierdistas dentro de las personas de fe, refuerzan la percepción de la izquierda religiosa como segregada de la corriente principal del radicalismo en los Estados Unidos. Otro problema está dado por la excesiva especialización de los historiadores, trazando una división entre, por ejemplo, el mundo católico y el protestante. Por otro lado, también existe una tendencia implícita, presente en algunos historiadores de la izquierda, en categorizar a la religión y a sus expresiones como manifestaciones de superstición y emocionalidad presentes en grupos marginales, en lugar de base para una estrategia de resistencia ante estructuras opresivas.

Los trece ensayos que componen este libro resaltan los mayores desarrollos y temas de la izquierda religiosa desde la década de 1870 hasta la de 1980. No se analiza en este volumen el radicalismo religioso contemporáneo, sino que se adopta una perspectiva histórica que abarca una época en la cual la inmensa mayoría de los norteamericanos provenía de un trasfondo religioso, con preocupaciones que reflejaban sus contextos históricos y culturales específicos. Los primeros capítulos señalan la intersección entre religión y radicalismo entre los grandes grupos religiosos en el período comprendido entre 1870 y 1945.

El capítulo 2, a cargo de Janine Giordano Drake, rastrea la emergencia de una izquierda religiosa consciente de sí misma desde los movimientos obreros campesinos de finales del siglo XIX hasta la década de 1910. Esta autora argumenta que la proliferación de “cristianismos de clase trabajadora” amenazó la autoridad cultural del clero de clase media, el cual como respuesta creó un evangelio social que absorbió mucho de su crítica, pero también la domó y aprovechó para su agenda de liderazgo ministerial. El capítulo 3, a cargo de Christopher Evans, retoma el argumento de Drake, al sostener que el evangelio social no colapsó con la Primera Guerra Mundial, sino que entró en una fase nueva y dinámica. Centrándose en clérigos radicales tales como Sherwood Eddy y su trabajo con la Asociación Cristiana de Jóvenes, Evans muestra que la izquierda cristiana trabajó en redes y organizaciones por fuera de las Iglesias principales, donde inspiraron a una nueva generación de jóvenes a trabajar por la paz y los derechos civiles.

El capítulo 4, a cargo de David Verbeeten, desplaza la atención desde la narrativa protestante acerca del radicalismo religioso hacia una exploración del papel predominante desempeñado por los judíos en la política de izquierda a través de la carrera del líder comunista Alexander Bittelman. Ostensiblemente secular y asimilacionista, el radicalismo de Bittelman reflejaba valores judíos y sirvió para marcar diferencias a la vez que se constituía en una resistencia contra el aburguesamiento. De manera semejante, la radical católica Dorothy Day fusionó su fe religiosa con la política de izquierda, tal como Nicholas Rademacher muestra en el capítulo 5. Mediante la combinación del pensamiento social católico y de la filosofía anarquista, Day adoptó una política personalista que se configuró como un desafío hacia la religión liberal y el Estado.

Otro conjunto de capítulos explora las intervenciones de la izquierda religiosa dentro de los debates en torno del poder global y la jerarquía racial durante la Guerra Fría. En el capítulo 6, Leilah Danielson argumenta que la religión constituyó un importante factor en el desplazamiento ocurrido hacia mediados del siglo XX desde la vieja hacia la nueva izquierda. Con la elevación de los Estados Unidos al estatus de superpotencia planetaria en el marco de la Guerra Fría como telón de fondo, A. J. Muste postuló una “Iglesia verdadera” de pacifistas y no conformistas cuya acción rompería la alienación y opresión de la sociedad organizada y de la política resultante del enfrentamiento entre los Estados Unidos y la URSS. El capítulo 7, a cargo de Sarah Azaransky, explora las raíces internacionalistas del cristianismo radical negro a través del activismo de Howard Thurman, Pauli Murray y Bayard Rustin. Enfatizando la manera en la cual los teólogos y los intelectuales negros buscaron fuera de los Estados Unidos y por fuera de sus tradiciones religiosas ideas y prácticas que pudieran transformar a la democracia norteamericana, Azaransky sitúa el movimiento por los derechos civiles en los Estados Unidos dentro del contexto internacional de la lucha por la descolonización.

En el capítulo 8, Douglas Thompson explora el compromiso del reverendo Martin Luther King Jr. respecto del significado específico de que los Estados Unidos vivieran de acuerdo con el ideal cristiano. Thompson argumenta que estas creencias religiosas dieron forma al enfrentamiento de King con el Estado, al resistirse a las políticas de injusticia racial y desigualdad. El capítulo 9, a cargo de Felipe Hinojosa, muestra la manera en la que los clérigos y laicos católicos

opuestos al racismo de Davenport, Iowa, crearon un espacio en el cual la comunidad marginalizada de estadounidenses de origen mexicano podía organizarse y movilizar una coalición interétnica para pelear por sus derechos civiles. Como Hinojosa señala, estas coaliciones persistieron con grupos basados en la fe sirviendo como el centro para el movimiento Santuario de la década de 1980, así como para los movimientos contemporáneos de defensa de los derechos de los inmigrantes.

Los capítulos posteriores demuestran la centralidad de la religión dentro de las políticas identitarias de finales de 1960 y de la década de 1970. El capítulo 10, a cargo de Angela Dillard, desafía a la tendencia secular presente en la historiografía del movimiento del Poder Negro, reexaminando el “Manifiesto Negro” de James Forman y subrayando el involucramiento de cristianos afroamericanos. De este modo, la autora demuestra la complejidad del compromiso del movimiento con el cristianismo, y argumenta que uno de sus mayores legados fue la teología de la liberación negra. Lilian Calles Barger desarrolla un argumento similar sobre el feminismo radical en el capítulo 11. En contraste con la narrativa secular del movimiento feminista, Barger muestra que la religión fue profundamente significativa para muchas feministas radicales que deconstruyeron sus bases patriarcales e inventaron una teología y una práctica de liberación femenina. El capítulo 12, a cargo de Doug Rossinow, examina el surgimiento de la política identitaria judía hacia finales de la década de 1960, y el intento de construir la primera izquierda judía intencionalmente religiosa en la historia de los Estados Unidos. Arthur Waskow, una figura central en este movimiento, encontró que este proyecto se tornaba problemático en el contexto de una izquierda global que crecientemente identificaba a Israel con el imperialismo y la opresión hacia los palestinos.

Si la izquierda religiosa adoptó una política de diferenciación durante la década de 1960, también tuvo un carácter global, como lo demuestran los capítulos siguientes. En el capítulo 13, Marian Mollin explora la intersección de la praxis espiritual y política en la vida de la hermana Maryknoll Ita Ford, una de las cuatro mujeres norteamericanas miembros de la Iglesia asesinadas por el ejército de El Salvador hacia finales de la década de 1980. El activismo de Ford se desarrolló a partir del clima intelectual y cultural de la década de 1960 y del concilio Vaticano II, y posteriormente evolucionó bajo la influencia de la teología de la liberación en América Latina. El capítulo 14, a cargo de David R. Swartz, explora el modo en el cual la cultura y la política de la izquierda

moderna se influenciaron mutuamente al describir la manera mediante la que los inmigrantes evangélicos “empujaron” a sus correligionarios de los Estados Unidos hacia posturas progresivas respecto a los temas de la pobreza, el neocolonialismo y la inmigración. Estos planteos condujeron a alianzas con otros radicales religiosos y con la izquierda secular, pero la teología tradicional evangélica y sus perspectivas con respecto al matrimonio y a la sexualidad revelan continuos puntos de tensión y ruptura dentro de la izquierda.

A pesar de sus diferencias, las diversas encarnaciones de la izquierda religiosa norteamericana moderna compartieron puntos en común que moldearon su particular estilo de activismo. Individuos, grupos y organizaciones dentro de esta corriente de ideas sirvieron a menudo como bases de organización y resistencia que trascendieron sus comunidades religiosas para alcanzar a la izquierda secular. La participación en el activismo de izquierda moldeó la manera en la cual sus adherentes interpretaban sus creencias religiosas y las llevaban a la práctica. Por otro lado, si bien los miembros de la izquierda religiosa a menudo se consideraron distanciados de la corriente principal de ideas de su país, su fe aseguraba que nunca se vieran separados por completo de la vida cultural de los Estados Unidos. Aún cuando llamaban a cambios radicales, los miembros de la izquierda religiosa mantuvieron vínculos con algunas de las normas culturales fundamentales y de las prácticas del mundo que pretendían cambiar. Esta adherencia a una tradición religiosa y cultural común permitió que esta corriente contase con autoridad y legitimidad, además de servir como un punto de contacto con otros norteamericanos.